

«Mi Señor y Mi Dios»

Observemos de qué forma las noticias captan nuestra atención.

Las guerras, las tormentas y las sequías afectan a millones de personas; pero las que realmente nos atrapan son las historias personales: una familia que huye de la guerra, una mujer que protegió a sus hijos contra el azote de los escombros de un tornado, un ranchero que vende su ganado sediento por falta de alimento. La experiencia individual de cada ser humano atrae nuestra curiosidad y genera empatía.

El Evangelio Pascual habla acerca de la resurrección de Jesús de entre los muertos; el Nuevo Testamento no contiene al principio ningún anuncio grandilocuente ni ninguna celebración. Las primeras noticias las transmiten personas individuales, singulares. La experiencia de ver y hablar con Jesús resucitado comienza refiriéndose a Él como «mi Señor» está vivo y prosigue hacia «nuestro Señor» y se propaga entre todos nosotros.

Esto significa que, para que la Pascua sea real, tiene que ser más que una mera fecha en el calendario.

Para los cristianos católicos es el momento de vivir nuestra Pascua y a mi Señor, tal como exclamó el apóstol Tomás: «mi Señor y mi Dios» (Juan 20, 28).

La temporada de la Pascua se extiende hasta el domingo de Pentecostés, el 20 de mayo. La Iglesia en pleno repasa diariamente las lecturas de la Biblia para rememorar los encuentros con el Señor resucitado, como una familia que recuerda las narraciones de su propia historia.

La Pascua es una presencia tan real como la presencia de Cristo en los sacramentos. El recuento de los eventos y de los saludos pascuales en distintos idiomas nos recuerdan que Cristo actúa en nuestro nombre aquí y ahora.

Así como la Iglesia dedicará varias semanas a relatar una historia que no puede contarse en un solo día, usted se encontrará en la misma situación. Evoque su propia experiencia de buscar a Jesús, tal como lo hicieron los hombres y mujeres en aquella primera Pascua. En aquel entonces, al igual que ahora, demoraron días para caer en cuenta de qué o a quién habían visto y vivido.

Comparar sus experiencias con el Señor resucitado ayudó a las personas a comprender que el poder de Dios no es una ilusión y que puede llegar a ser real para cada persona en formas ligeramente distintas.

Plántese lo siguiente: «¿Cuándo he sentido la presencia de Dios y la luz de la resurrección de Cristo?». «¿Qué aprendí de los relatos de gracia inesperada de las otras personas?»

Además del sobrecogimiento y el sentido de agradecimiento que produce el contacto de Dios con la propia conciencia, ¿de qué manera desea Dios que usted viva ese momento que Él le ha creado a usted en una situación dada, en un sonido, en la voz de otra persona?

Me imagino que la expresión del apóstol Tomás: «mi Señor y mi Dios», brotó de su boca al darse cuenta de que el resto de su vida estaría dedicada a responder estas interrogantes. Que nuestras respuestas también se traduzcan en nuestra forma de vivir.

Mis mejores y piadosos deseos para usted y todos, ahora que comenzamos a vivir el mensaje pascual.



Bishop Timothy L. Doherty